

pañadas de improperios y apodos, siendo el usual el de vieja con el apéndice que siempre le añadian, y que variaba según las circunstancias y el humor del que hablaba. Incomodada la mujer en su pereza, y provocada en su cólera, que eran sus dos pasiones predominantes, pagaba á veces semejantes cumplimientos con expresiones en que Satanas



Quedó el caballero á la ventana.

hubiera encontrado más rastros de ingenio que en las de sus provocadores.

— ¿Ves allá abajo aquel coche? — le dijo su amo.

— Bien le veo, — contestó la vieja, sacando afuera la afilada barba y violentando los ojos, como si hubiese querido hacerlos salir de sus órbitas.

— Ea, pues, haz que al momento dispongan una litera; métete en ella, y que te lleven á la *Malanoche*; pronto,

pronto, para que llegues ántes que ese coche, que trae un paso de caracol. Viene en él, ó debe venir, una muchacha; si con efecto viene, dile al *Gavilan* que la meta en la litera, y que inmediatamente suba aquí. Tú entrarás en ella... en la litera, y en llegando, la conducirás á tu cuarto. Si te preguntase dónde va, de quién es el castillo, cuidado con decirle...

— Ya, ya, — dijo la vieja.

— Pero álmala, — dijo el caballero.

— ¿Qué he de decirle?

— ¿Qué has de decirle? álmala te digo. ¡Tan vieja, y no sabes cómo se anima á una persona! ¿nunca has tenido tú pesadumbres? ¿no has tenido tú nunca miedo? ¿no sabes las palabras que consuelan en semejantes circunstancias? díselas, ¡mal rayo te parta! y véte pronto.

En cuanto se fué la vieja, quedó el caballero á la ventana con los ojos clavados en el coche, que ya iba progresivamente pareciendo más grande. Miró luégo al sol, que entonces caminaba á ocultarse detras de la montaña: miró detras á las nubes, que de pardas se volvieron en un instante de color de fuego; por último se retiró, cerró la ventana, y empezó á pasear arriba y abajo por el cuarto con pasos de caminante que tiene prisa.

## CAPÍTULO XXI

Ya habia marchado la vieja á obedecer, y á mandar con la autoridad de un nombre que, pronunciado en aquel sitio, servia para todos de espuela, pues á nadie podia ocurrirle que hubiera quien se aventurase á abusar de él. Llegó con efecto á la *Malanoche* poco ántes que el carruaje, y viéndole cerca. salió de la litera, hizo señal al cocheró para que parase, se acercó á la portezuela, y al *Gavilan* que sacó la cabeza le comunicó al oído la orden de su amo.

Al pararse el coche, se movió Lucía, volviendo de una especie de letargo en que estaba sumergida. Sobresaltóse de nuevo, abrió la boca y los ojos, y quedó como espantada. Vuelto á su rincón el *Gavilan*, la vieja con la barba apoyada en el borde de la portezuela y mirando á Lucía, le iba diciendo :

— ¡ Vén, pobrecita niña ! vén conmigo, que tengo orden de tratarte bien y animarte.

Al eco de una voz fémnil, se consoló y animó momentáneamente Lucía ; pero sobrecogida de nuevo de más profundo espanto :

— ¿ Quién es usted ? — preguntó con voz trémula y mirando como atónita la cara de la vieja, que repetía sin cesar : « Vén, pobrecilla, vén, querida mía. »

Conjeturando el *Gavilan* y sus dos compañeros por las palabras extraordinariamente halagüeñas de la vieja las intenciones del amo, trataban de persuadir á Lucía con buenos modales á que obedeciera : sin embargo, esta no cesaba de mirar afuera, y aunque el lugar silvestre y desconocido y la presencia de sus opresores no le dejaban esperanza de ser socorrida, abrió la boca para gritar ; pero al leer en los ojos del *Gavilan* la amenaza del pañuelo, calló, tembló, forcejó ; no obstante, la agarraron y la metieron en la litera. Entró tras de ella la vieja : el *Gavilan* dispuso que los dos satélites fuesen detras como de escolta ; y él se apesuró á ir á recibir las órdenes de su amo.

— ¿ Quién es usted ? — preguntaba con ansia Lucía, mirando aquel espantoso y arrugado gesto. — ¿ Dónde estoy ? ¿ Dónde me llevan ?

— Á la presencia de quien quiere hacerte bien, — respondió la vieja, — de un gran... ¡ Dichosos aquellos á quienes quiere hacer bien ! ¡ Qué fortuna para ti ! ¡ qué fortuna ! No tengas miedo ; alégrate... me ha mandado que te anime. Le dirás que te he animado ; ¿ sí ?

— ¿ Quién es ?... ¿ por qué ? ¿ para qué me quiere ? yo no soy suya. Dígame usted dónde estoy. Déjeme usted que me

vaya, Dígale usted á esa gente que me dejen... que me lleven á alguna iglesia. ¡ Ay ! usted que es mujer, en nombre de María Santísima...

Este dulce y santo nombre que con veneracion habia proferido la vieja en sus primeros años, y en largo tiempo no habia vuelto á invocar, ni tal vez á oír, hizo en su ánimo una sensacion confusa, extraña y lenta, como la memoria de la luz y de las formas en un octogenario ciego desde su infancia.

Entre tanto el caballero, de pié en la puerta del castillo, miraba abajo viendo la litera, como ántes el coche, subir paso á paso, y delante de ella á distancia que progresivamente se aumentaba, marchar el *Gavilan* presuroso. Llegado arriba, « Vén acá, » le dijo su amo, y precediéndole, entró, y se metió en una pieza del castillo.

— ¿ Y bien ? — dijo, parándose en ella.

— Todo á pedir de boca, — contestó el *Gavilan* bajando la cabeza. — El aviso á tiempo ; la mujer á tiempo ; nadie en el camino ; un grito sólo al que nadie acudió ; el cochero listo ; los caballos á escape ; ningun encuentro ; pero...

— ¿ Pero qué ?

— Pero... digo la verdad, hubiera preferido que se me hubiera mandado darle un tiro por detras, sin verla, sin oírla hablar.

— ¿ Cómo, cómo ? ¿ Qué dices ?

— Digo que en todo el camino... ¡ Vaya, me ha causado muchísima compasion !

— ¿ Compasion?... ¿ Qué entiendes tú de compasion ? ¿ Qué es compasion ?

— Nunca lo he entendido como esta vez. Es una cosa así á la manera de miedo. Si uno deja que se apodere de él, ya no es hombre.

— Oigamos un poco cómo ha hecho para moverte á compasion.

— ¡ Ah, señor excelentísimo ! Tanto tiempo llora que te llora ; quedarse blanca, blanca como una muerta, luégo so-

llozar, poner ciertos ojos... Volver á llorar diciendo tales palabras... ¡Vaya qué palabras !...

— No la quiero en mi casa, — decia entre tanto para sí el señor del castillo: — no la quiero. En mala hora me he comprometido ; pero ya he dado mi palabra... en fin, la he dado... Cuando ya esté léjos...

Y levantando la cara en ademan imperioso hácia el *Gavilan*, le dijo:

— Ea, pues, deja á un lado tu compasion, monta á caballo, llévate un compañero ó dos, si quieres, y echa á andar, y no pares hasta llegar al castillejo de aquel D. Rodrigo... ya sabes... Dile que envíe inmediatamente, ¿ estás ? inmediatamente, porque si no...

Pero un no interior más poderoso que el primero le impidió concluir.

— No, — dijo con tono resuelto como para expresarse á sí mismo la órden de aquella voz secreta; — no, véte á descansar, y mañana por la mañana harás lo que yo te diga... — ¡ Algun demonio tiene esta mujer en su favor ! — decia entre sí, hallándose ya solo, y de pié con los brazos cruzados, y la vista clavada en un punto del suelo, en donde entrando por una ventana alta los rayos de la luna, designaban un cuadro de luz pálida cortado en cuadros menores por los hierros de la reja, y en otros más pequeños por las divisiones de los vidrios. — ¡ Algun demonio ó algun ángel la protege ! ¡ Compasion el *Gavilan* !... Mañana, temprano, saldrá de aquí para su destino, y ya no se hable más de ella... y que no venga ese mentecato de D. Rodrigo á romperme la cabeza para darme las gracias, porque no quiero oír hablar de ella... Le he servido porque... porque se lo ofrecí... y lo ofrecí... porque es mi destino ; pero he de hacer que me pague bien caro este servicio.

Y empezando á discurrir alguna empresa escabrosa en que pudiese ocupar á D. Rodrigo en pago, ó más bien en pena, vino á interponerse de nuevo en su mente la compasion del *Gavilan*.

— ¡ Mujer singular debe ser esta ! — continuó para sí, llevado siempre de aquel pensamiento. — ¿ Qué medio habrá empleado ? ¡ Compasion el *Gavilan* !... no, pero sí ; quiero verla.

Y pasando de una pieza en otra, halló una escalerita, se dirigió á tientas al cuarto de la vieja, y con el pié llamó á la puerta.

— ¿ Quién es ? — preguntó la vieja.

— Abre, — respondió el amo.

Á esta voz dió la mujer un brinco, y al punto se oyó correr el cerrojo, y de par en par se abrió la puerta. Desde el umbral recorrió el señor del castillo con la vista todo el cuarto, y á la luz de una lamparilla que estaba ardiendo sobre una mesa, vió á Lucía en el suelo acurrucada en el rincón del cuarto más distante de la puerta.

— ¿ Y quién te ha mandado ; — dijo con ira á la vieja, — quién te ha mandado, desalmada, que la eches allí como un costal de andrajos ?

— Ella se colocó donde quiso, — respondió humildemente la vieja. — Ya he hecho cuanto he podido para animarla ; ella misma lo puede decir.

Acercándose el caballero al rincón en que estaba Lucía : « Levántate, » le dijo ; pero Lucía, á quien el llamar á la puerta, el abrir, las pisadas y la voz habian causado nuevo espanto, permanecía encogida en su rincón, tapándose con las manos la cara, y sin más movimiento que el del temblor que ocupaba todo su cuerpo.

— Levántate, que ningun daño quiero hacerte y puedo hacerte bien, — replicó el señor del castillo ; — levántate, — dijo con voz más fuerte y como irritado de haber mandado una cosa dos veces en balde.

Animada por el mismo terror, se puso la infeliz inmediatamente de rodillas, y juntando las manos como si se posturara delante de una imágen, levantó los ojos hácia el caballero, y bajándolos al instante, dijo :

— Aquí estoy, máteme vuestra señoría.

— He dicho que no trato de hacerte daño, — respondió el señor del castillo con voz más blanda, al ver sus facciones alteradas con la aflicción y el miedo.

— Ánimo, ánimo, — decia la vieja: — si el mismo señor te asegura que no quiere hacerte daño.

— ¿Y por qué, — contestó Lucía, con una voz en que, entre el temblor del sobresalto, se advertia la firmeza de la desesperacion; — por qué vuestra señoría me hace sufrir las penas del infierno? ¿Qué le he hecho yo?

— ¿Has sido acaso maltratada? dímelo.

— ¿Qué más maltratada que haberme aprisionado á traicion por fuerza? ¿Y por qué? ¿por qué me han detenido? ¿por qué estoy aquí? ¿qué sitio es este? ¿qué les he hecho yo? yo soy una desgraciada. ¡Por amor de Dios!...

— ¡Dios! ¡Dios! — interrumpió el caballero; — siempre Dios. Los que no pueden defenderse por sí, ni tienen fuerza para ello, siempre tienen á ese Dios en la boca, como si le hubiesen hablado. ¿Qué pretendes con esa palabra? hacerme...

Y dejó la frase sin concluir.

— ¿Yo pretender? ¡Ah, señor! yo, infeliz de mí, ¿qué puedo pretender sino que vuestra señoría use conmigo de misericordia? ¡Perdona Dios tantas culpas por una obra de misericordia! Déjeme vuestra señoría, déjeme en caridad que me vaya... Ved, señor, que habéis de morir, y tendréis gran sentimiento de haber hecho padecer tanto á una pobre criatura. Vuestra señoría, que puede mandarlo, dígales que me dejen. Aquí me han traído por fuerza... Que me encierren otra vez con esa mujer, y que me lleven donde está mi madre. ¡Ay, Virgen bendita! ¡mi pobre madre! quizá no está lejos de aquí. Mande vuestra señoría que me lleven á alguna iglesia: yo rogaré á Dios por vuestra señoría. ¿Qué le cuesta decir una palabra?... Me parece que vuestra señoría se mueve á compasion. ¡Cuántas cosas no perdona Dios por una obra de misericordia!

— ¡Ah! ¿por qué no será hija de alguno de los que me

han desterrado? — decia entre sí el señor del castillo, — de alguno de aquellos malvados que quisieran verme muerto?



Habermé aprisionado á traicion por fuerza? ¿por qué estoy aquí?

que ahora me gozaria en su afliccion, y no que en su lugar...

— No se resista vuestra señoría á una buena inspiracion, —

continuaba con fervor Lucía, algo más alentada al ver ciertas señales de perplejidad en el semblante de su tirano... — Si vuestra señoría no me hace esta merced, me la hará el Señor quitándome la vida, y todo para mí se acabará. Quizá algún día... pero no, no : que yo siempre rogaré al Señor que le preserve de todo mal. ¿ Qué os cuesta pronunciar una palabra? Si vuestra señoría experimentase las angustias que yo paso...

— Vaya, consuélate, — interrumpió el caballero con cierta dulzura que dió en qué pensar á la vieja. — ¿ Te he hecho yo por ventura algún mal? ¿ te he amenazado ?

— ¡ Ah, no, señor! veo que vuestra señoría tiene buen corazón, y se compadece de esta pobre. Si vuestra señoría quisiera, podría hacerme más mal que otro alguno... porque podría hacer que me matasen ; pero en su lugar, me ha consolado. ¡ Dios se lo pague! Corone, pues, vuestra señoría la obra, y póngame en libertad.

— Mañana por la mañana...

— ¡ Ah, no, señor ! ahora, ahora.

— Te digo que mañana por la mañana nos veremos : entre tanto, consuélate y descansa. Debes tener falta de alimento ; ahora os traerán de comer.

— ¡ Ah, señor ! yo me muero si álguien entra aquí. Llévame á alguna iglesia ; Dios os tendrá en cuenta los pasos que diereis.

— Una mujer será la que venga, — dijo el señor del castillo, y diciéndolo quedó admirado él mismo de ver cómo le había ocurrido semejante recurso, y cómo se había visto forzado á buscar un medio para alentar á una despreciable mujercilla. — Y tú — continuó volviéndose á la vieja — animala á que coma alguna cosa, métela en la cama para que descansa : si no la incomoda tu compañía, bien, y si no, podrás pasar una noche en el suelo : consuélala, y cuidado que la incomodes.

Diciendo esto, se dirigió á la puerta. Lucía corrió tras de él para detenerle, pero ya había marchado.

— ¡ Desgraciada de mí ! — exclamó. — Cierre usted presto la puerta ; — y en cuanto oyó dar una hoja con la otra y correr el cerrojo, se volvió á su rincón. — ¡ Ay desgraciada de mí — exclamó de nuevo sollozando. — ¿ Á quién me dirigiré ahora? ¿ Dígame usted en caridad dónde estoy? ¿ Quién es ese señor, ese que me ha hablado?

— ¿ Quién es? ¡ Hola! ¡ quisieras que yo te lo dijera!... ¡ Yo!... Aguárdate un poco. ¡ Hola! ¿ porque te protege te has llenado de humo, y quisieras que yo satisficiera tu curiosidad para que me ahorcara luégo?... Pregúntaselo á él. Si yo te lo dijera, no caerian sobre mí esos requiebros que has oído. Yo ya soy vieja, — prosiguió refunfuñando entre dientes, — y á perro viejo no hay tus, tus. ¡ Mal hayan las mozelas! que llorando ó riendo, siempre, siempre parecen bien, y siempre tienen razón...

Pero al oír que Lucía sollozaba, y acordándose de lo que le había mandado su amo, se bajó hácia la pobrecita acurrucada, y con voz blanda le dijo :

— Vaya, que nada te he dicho que pueda ofenderte. Tranquilízate... no me preguntes las cosas que no te puedo decir ; y en cuanto á lo demas, ten buen ánimo. ¡ Ah si supieras! ¡ Cuánta gente se alegraría de que le hablase como á ti te ha hablado ! Alégrate, pues, también tú ; presto traerán de comer... Y yo que entiendo las cosas... estoy segura, según te ha hablado, de que te irá bien. Despues te meterás en la cama, y si quieres dejarme un ladito... — añadió con un acento de rabia reprimida.

— No quiero comer, — contestó Lucía ; — no quiero dormir : dejadme quieta aquí, y no os acostéis ni os apartéis de mi lado.

En este estado no sentia ni el frío ni el hambre, y como atolondrada, no tenia de su aflicción y de su mismo miedo sino una idea confusa, á manera de la que tiene de sus sueños un calenturiento.

Recobróse cuando oyó llamar á la puerta, y levantando la cabeza gritó:

— ¿Quién es? ¿quién es? Que nadie éntre.

— Nada, nada, buena noticia, — dijo la vieja; — es Marta que trae de comer.

— Cierre usted... cierre usted aprisa, — gritaba Lucía.

— Poco á poco, — dijo la vieja.

Y tomando de Marta un cesto, la despachó apresuradamente, cerró la puerta y fué á poner el cesto sobre una mesa en medio del cuarto. Llamó luégo repetidas veces á Lucía, brindándola para que fuese á disfrutar de aquellos manjares.

Empleaba las palabras á su parecer más eficaces para convencer á su huésped, ó prorumpía en exclamaciones ponderando los platos y las salsas.

— Estos son — decia — bocados de cardenal; el vino es el que bebe el amo con sus amigos, cuando alguno llega y tratan de alegrarse.

Pero viendo que con toda su elocuencia nada adelantaba:

— Ya ves — le dijo — que eres tú la que no quiere: no digas mañana que no te he animado. Yo cenaré, y quedará aquí sobrada comida para cuando tú dejes de ser tonta y quieras obedecer.

Dicho esto, se arrojó con ansia sobre la comida, y cuando no quiso más, volvió al rincon, é instó de nuevo á Lucía por que tomase alguna cosa y se acostase.

— No, nada quiero, — contestó Lucía con voz apagada, y como soñolienta; y prosiguió luégo con más resolución: — ¿Está cerrada la puerta? ¿Está bien cerrada?

Y despues de haber mirado alrededor, se levantó, y con las manos adelante y paso ligero se dirigió á ella.

Llegóse ántes la vieja, y meneando la puerta y el cerrojo, dijo:

— ¿Lo ves cómo está bien cerrada? ¿Estás contenta ahora?

— ¡Yo contenta en este lugar! — contestó Lucía acogiéndose de nuevo á su rincon; — pero el Señor sabe que estoy aquí.

— Vén á dormir: ¿qué has de hacer ahí echada como un

perro? ¿quién ha visto no aprovecharse de las comodidades cuando se pueden disfrutar?

— No, no, déjeme usted en paz.

— Tú eres quien lo quiere así, yo me echo aquí en la orilla: te dejo casi toda la cama. Si quieres venir á acostarte, vén en hora buena. Acuérdate que te he instado muchísimas veces.

Diciendo esto, se metió vestida debajo de la ropa, y todo quedó en silencio.

Sentada é inmóvil estaba Lucía en aquel rincon con las rodillas pegadas al cuerpo, las manos en las rodillas y la cara en las manos. Ni velaba ni dormía, embebecida en una rápida serie de pensamientos, aprensiones y temores. Ya más en su acuerdo, y penetrada de los horrores que habia visto y sufrido aquel dia, calculaba mejor la realidad de las circunstancias en que se hallaba envuelta. Ahora trasladando su imaginacion á una region más oscura, luchaba con los fantasmas que le presentaba el terror con la incertidumbre. Permaneció largo tiempo en esta crisis de angustia, hasta que por fin quebrantada y abatida dejó caer sus miembros doloridos, y tendida quedó algun rato en un estado casi parecido al sueño; pero no tardó en recobrase por cierto impulso interior que la excitó á examinar é indagar más detenidamente las causas de su terrible situacion.

Paróse á escuchar cierto ruido que oía, y advirtió que era el roncar lento y acatarrado de la vieja. Abrió los ojos, y vió un resplandor débil, que alternativamente aparecia y desaparecia: era la lámpara que, próxima á apagarse, arrojaba una luz trémula, la cual de pronto parecia cesar, y que separándose de los objetos ántes que por ella tomasen su verdadera figura y colorido, presentaba á la vista un conjunto de cosas confuso y desordenado; pero renovándose al momento en la imaginacion las recientes impresiones, pudo distinguir lo que parecia confuso á los sentidos, con lo cual despierta la infeliz conoció su cárcel, acometiéndola al mismo tiempo todas las memorias del tremendo dia que habia pasado, y los

temores que le infundía un porvenir espantoso. Aquel sosiego mismo, despues de tanta agitacion, aquella especie de descanso y abandono en que la dejaron, infundieron en ella un nuevo terror, y fué sobrecogida de una pena tan grande, que llegó á desear la muerte. Pero en aquel instante le ocurrió que podia rezar, y este pensamiento le causó algun consuelo. Sacó, pues, su rosario, y comenzó á rezarle ; y á medida que las palabras salian de su boca, experimentaba su corazón una confianza iudeterminada, cuando de golpe le pasó por la idea que su oracion sería más grata al Señor, si en tal apuro hiciera alguna promesa. Acordóse de lo que más amaba, ó por mejor decir, de lo que más habia amado, pues en aquel momento no era capaz de otro afecto más que de terror, ni podia concebir otro deseo sino el de su libertad, y determinó ofrecerlo en holocausto. Púsose, pues, de rodillas, y juntando las manos, de las cuales estaba pendiente el rosario, alzó la cabeza y los ojos al cielo, y dijo :

— ¡ Oh, Virgen Santísima! á quien tantas veces me he recomendado, y que tantas veces me habéis consolado : vos que habéis sufrido tantos dolores, y ahora estáis llena de tanta gloria, y habéis hecho tantos milagros en alivio de los afligidos, ayudadme, sacadme libre de este peligro, haced que vuelva á unirme con mi madre, ¡ Virgen gloriosísima ! y hago voto de castidad, abandonando por siempre á ese desgraciado jóven para ser eternamente vuestra.

Pronunciadas estas palabras, bajó la cabeza, echándose al cuello el rosario como una especie de consagracion del voto y de salvaguardia á un tiempo de su persona, y sentándose otra vez en el suelo experimentó su ánimo más tranquilidad y mayor confianza. Se acordó de aquel *mañana* que repitió el señor del castillo ; esta expresion le pareció una promesa de salvamento. Fatigados sus sentidos con tanta guerra, fueron quedando poco á poco embargados en aquella tregua de pensamientos, y ya cerca del amanecer, Lucía con el nombre de su protectora en la boca, quedó sumergida en un completo y profundo sueño.

Alguno habia en el castillo que hubiera querido hacer otro tanto, y jamas pudo conseguirlo. El señor, escapado, digámoslo así, de la vista de Lucia, dada la órden para su cena, verificada la acostumbrada visita de ciertos puntos del cas-



Púsose de rodillas, y juntando las manos.

tillo, siempre con aquella imágen en su fantasia, y sus últimas palabras en los oídos, entró en su cuarto, cerrándose dentro con furia, como si hubiese fuera un enemigo más fuerte que él, y desnudándose se metió en la cama. Pero aquella misma imágen, sin apartarse nunca de su imaginacion, parecia que le estaba diciendo : *no dormirás.*

— ¡Qué curiosidad — decia para sí — fué la mia de ver á esa mujerzuela! Veo que tiene razon ese bestia de *Gavilan*; si uno deja que se apodere de su ánimo la compasion va no es hombre... Yo á la verdad no soy... ¿Qué me ha sucedido? ¿Qué diablos se me habrán metido en el cuerpo? ¿Acaso no sabía yo que las mujeres gimotean? Tambien lo hacen los hombres cuando no pueden rebelarse contra la fuerza. ¡Vaya, vaya! ¡Como si yo nunca hubiese visto mujeres haciendo alharacas!

Y aquí, sin fatigar mucho su memoria, se le presentaba á la imaginacion más de un caso en que ni súplicas ni gemidos pudieron hacerle desistir de empresas ya resueltas; pero semejante reminiscencia, léjos de prestarle el ánimo que le faltaba para llevar á cabo la presente como lo esperaba y creia, léjos de disminuir su compasion, no hacia sino agregarle una especie de consternacion y terror; por manera, que le pareció que encontraba alivio en volver al recuerdo de Lucía, contra el cual habia procurado alentar su valor.

— Está viva, — decia entre sí; — se alla aquí: estoy todavía en tiempo de poderle decir: *consuélate, véte*, y... áun de disculparme...; Yo disculparme con una mujercilla! Sin embargo, si una palabra pudiera quitarme de encima esta fatiga... ¡Á qué me veo reducido! Ya me parece que no soy el hombre de antaño... ¡Ea! — diciendo esto, se volvió arrebatadamente al otro lado, pareciéndole más dura la cama y más pesada la colcha, y añadió: — ¡Ea! ¡fuera niñerías! algunas me han inquietado otras veces; aquellas se pasaron, á estas les sucederá lo mismo.

No encontró, sin embargo, el descanso que deseaba. Continuaron molestándole mil cavilaciones; todos sus pensamientos, resoluciones y proyectos aumentaron su inquietud y disgusto. Causábale tedio todo cuanto le rodeaba, y lo único en que encontró algun alivio fué en acordarse que el dia siguiente podia poner en libertad á la desgraciada Lucía.

— Sí, la dejaré en libertad en cuanto amanezca; iré al cuarto, y le diré *véte*. Tambien haré que la acompañen... ¿Y

mi promesa?... ¿Y mi compromiso?... ¿Y D. Rodrigo?

Á manera de quien se halla sorprendido por una pregunta inesperada y embarazosa de un jefe, pensó el señor del castillo en contestar á las que él mismo acababa de hacerse, ó por mejor decir, era el hombre antiguo, que pensaba en responder al hombre nuevo, constituido de improviso su juez.

Buscando en su mente las razones por que casi sin ser suplicado se ofreció á hacer penar sin odio ni motivo á una infeliz, sólo por servir á D. Rodrigo, con quien no tenía más relaciones que la analogía de perversidad, léjos de encontrar una sola plausible, las hallaba para admirarse de haberse tan fácilmente comprometido. Vió que aquella resolucion no fué el resultado de una deliberacion, sino un movimiento instantáneo del ánimo obediente á los sentimientos antiguos y habituales, y consecuencia de mil hechos anteriores; y buscando este hombre la causa de un hecho solo, se vió engolfado en el exámen de toda su vida, exámen que le condujo á tal punto de desesperacion, que echó mano á una de las pistolas que siempre tenía á la cabecera de la cama, con ánimo de quitarse la vida. Detúvole instantáneamente un confuso tropel de reflexiones acerca de lo que sucederia despues de su muerte, de lo que hablarian sus enemigos, con otras de igual naturaleza, y absorto en ellas, le ocurrió un nuevo pensamiento.

— Si la otra vida — dijo para sí — de que me hablaban cuando era niño, y de que todavía se habla, es una invencion de los curas, ¿por qué afligirme? ¿por qué morir? ¿qué importa todo lo que he hecho? ¿qué locura es la mia?... ¿Y si la hay?...

Con esta duda, con este riesgo se apoderó de él mayor desesperacion, y tanto mayor cuanto ni con la muerte podia librarse de ella. Cayósele la pistola de la mano, y se hallaba en un estado de frenesí imponderable, cuando le vinieron á la memoria estas palabras que pocas horas ántes habia oido: *¡Cuántas cosas no perdona Dios por una obra de misericordia!* Y no le vinieron á la memoria con aquel tono de humilde súplica con que se profirieron, sino con un prestigio de auto-

ridad, preludio de remota esperanza. Aquel momento lo fué de alivio para él. Fijó la imaginacion en la que las habia pronunciado, y la miraba ya no como su cautiva suplicante, sino como quien dispensa gracias y consuelos. Aguardaba con ansia el dia para correr á librarla, y oir de su boca otras



Echó mano á una de las pistolas que siempre tenia á la cabecera de la cama.

palabras de alivio y de vida, y proyectaba ir él mismo á entregarla á su madre.

¿ Y luégo, qué haré mañana?... Y despues de mañana?... ¿ Y por la noche? Y refiriéndose al vacío que descubria en el porvenir, buscaba en vano el modo de emplear el tiempo, y cómo pasar los dias y las noches. Ya se proponia dejar el castillo, y pasar á país extranjero en donde nadie tuviese noticia de él. Ya concebía una remota esperanza de recobrar su antiguo ánimo y sus antiguos deseos, y de que aquel no

sería sino un delirio pasajero, y ya se arredraba al reflexionar lo que pensarían y dirían sus amigos al verle cambiado de aquella manera, cuando justamente al amanecer, pocos instantes despues de haberse dormido Lucía, estando sentado en la cama, llegó á sus oídos un rumor lejano que, aunque confuso, parecia festivo.

Púsose á escuchar con más atencion, y conoció que era repique de campanas, que de cuando en cuando repetía lánguidamente el eco de la montaña, ó se confundía con él. De allí á poco oyó otro repique más cercano, y luégo otro y otro. « ¿Qué función será esta? exclamó. ¿Por qué estará tan alegre esa gentualla? ¿Qué contentos están! » Con esto saltó de la cama, que para él era de espinas, y á medio vestir corrió á abrir un postigo de la ventana. Oscuras estaban todas las montañas, y el cielo más bien que con nubes era todo una nube cenicienta; pero con la luz del dia ya claro, se divisaban en el camino del valle gentes que apresuradamente pasaban, otras que salían de sus casas, dirigiéndose por el mismo lado hácia la salida del valle á la derecha del castillo, y era fácil distinguir los trajes y el porte festivo de los caminantes. « ¿Qué diablos, dijo, tendrá esa canalla? ¿Qué habrá de nuevo en ese maldito país? » Y dada una voz á un bravo de confianza que dormía en el cuarto contiguo, le preguntó cuál sería la causa de semejante movimiento. El bravo, que no sabía más que su amo, contestó que saldria á preguntarlo. El otro entre tanto quedó observando aquel movimiento bullicioso que con la luz progresiva se divisaba con mayor claridad. Veíase pasar gente, y llegar gente de todas partes: hombres, mujeres y niños, á parejas, á bandadas, y solós. Unos alcanzando á los que iban delante se agregaban á ellos; otros saliendo de sus casas, se juntaban con el primero que encontraban en el camino, y á modo de conocidos antiguos marchaban juntos como á un viaje ya convenido. Las apariencias todas eran de agitacion y júbilo general, y el campaneó simultáneo de los varios esquilonés, que unos más léjos, otros más cerca, se oían en todas aquellas cercanías, era como la